

Marcada

P. C. Cast y Kristin Cast



Traducción de Jaime Ortiz Núñez

Pandora

## Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a un maravilloso alumno mío, John Maslin, por su ayuda en la investigación y por leer y compartir sus opiniones sobre las muchas versiones provisionales del libro. Su aportación fue inestimable.

Un enorme «¡Gracias chicos!» va para mis clases de escritura creativa del curso 2005-2006. Vuestra lluvia de ideas fue de gran ayuda (y muy divertida).

También quiero dar las gracias a mi fantástica hija, Kristin, por asegurarse de que sonábamos como adolescentes. No podría haberlo hecho sin ti. (Me ha obligado a ponerlo).

—P. C.

Quiero dar las gracias a mi adorable «mamá», más conocida como P. C., por ser una autora de tan increíble talento y alguien con quien es sencillo trabajar. (Sí, me ha obligado a ponerlo).

—Kristin

Tanto P. C. como Kristin dan las gracias a su padre/abuelo, Dick Cast, por ayudar a crear la hipótesis biológica en la que se basan los vampiros de *La Casa de la Noche*. ¡Te queremos papá/abuelo!

Del poema de Hesíodo a Nyx, personificación griega de la noche:

«También se encuentra allí la tenebrosa casa de la Noche,  
terribles nubes la envuelven en la oscuridad.  
Ante ella, Atlas se mantiene firme y sostiene con solidez  
el ancho cielo sobre su cabeza e infatigables brazos,  
allí donde la Noche y el Día se acercan más  
y se saludan al cruzar el umbral de bronce».

—Hesíodo, *Teogonía*, 744



Justo cuando pensaba que el día no podía ir peor, vi al tipo muerto de pie junto a mi taquilla. Kayla hablaba sin parar con su habitual cháchara y ni siquiera se percató de su presencia. Al principio. De hecho, ahora que lo pienso, nadie más se fijó en él hasta que habló, lo cual es, por desgracia, una prueba más de mi extraña incapacidad para encajar.

—No, de verdad Zoey, te juro por Dios que Heath no estaba tan borracho después del partido. En serio, no deberías ser tan dura con él.

—Ya —contesté de forma distraída—. Claro. —Entonces tosí. De nuevo. Me sentía como la mierda. Debía estar cayendo bajo lo que el señor Wise, mi «más que un poco loco» profesor de biología avanzada llamaba la Plaga Adolescente.

Si moría, ¿me libraría eso del examen de geometría de mañana? Solo quedaba esa esperanza.

—Zoey, por favor. ¿Acaso me estás escuchando? Creo que sólo se tomó unas cuatro, no sé, quizá seis cervezas y tal vez unos tres chupitos. Pero en realidad eso no importa. Es probable que no hubiera tomado casi nada si tus estúpidos padres no te hubiesen obligado a volver a casa después del partido.

Compartimos una mirada de resignación, en total acuerdo sobre la última injusticia cometida contra mí por mi madre y el perdedor con el que se había casado hacía tres largos años. Luego, tras una pausa de apenas un suspiro, K siguió con su parloteo.

—Además, estaba celebrándolo. ¡Me refiero a la victoria sobre los de Union! —K me sacudió el hombro y acercó su cara a la mía—. ¡Hola! Tu novio...

—Mi casi novio —corregí, haciendo todo lo posible por no toser en su cara.

—Lo que sea. Heath es nuestro *quarterback*, así que es normal que lo celebre. Hacía como un millón de años que Broken Arrow no ganaba a Union.

—Dieciséis. —Soy lo peor en mates, pero los problemas de K con los números hacen que yo parezca un genio.

—Vale, lo que sea. El caso es que estaba contento. Deberías dejar al chico en paz.

—El caso es que estaba hasta el culo por quinta vez al menos esta semana. Lo siento, pero no quiero salir con un tío cuyo principal objetivo en la vida ha cambiado de querer jugar al fútbol universitario a intentar engullir un *pack* de seis birras sin vomitar. Por no hablar del hecho de que se va a poner gordo con tanta cerveza. —Tuve que parar para toser. Me sentía un poco mareada y me obligué a respirar lenta y profundamente cuando pasó el ataque de tos. K, con su parloteo, ni se dio cuenta.

—¡Aj! ¡Heath gordo! No es algo que una quiera ver.

Me las arreglé para evitar nuevas ganas de toser.

—Y besarle es como chupar pies empapados en alcohol.

K arrugó el gesto.

—Vale, enferma. Qué pena que esté tan bueno.

Puse los ojos en blanco, sin molestarme en intentar ocultar mi enfado ante su típica superficialidad.

—Siempre estás de mal humor cuando te pones enferma. Da igual, no tienes ni idea de la cara de perrito abandonado que Heath tenía cuando le ignoraste en la comida. Ni siquiera pudo...

Entonces le vi. El tío muerto. Vale, me di cuenta enseguida de que no estaba técnicamente «muerto». Era un no muerto. O un no humano. Lo que fuera. Los científicos decían una cosa, la gente decía otra, pero al final el resultado era el mismo. No había confusión sobre qué era él, e incluso aunque no hubiera sentido el poder y la oscuridad que emanaban de él, no había maldita forma de que me pasase desapercibida su marca, una luna creciente de color azul zafiro en la frente, además del tatuaje de nudos entrelazados que enmarcaba sus ojos igualmente azules. Era un vampiro. Era algo peor, un rastreador.

Pues, joder, estaba ahí de pie junto a mi taquilla.

—¡Zoey, que no me estás haciendo caso!

Entonces el vampiro habló y sus ceremoniales palabras fluyeron a través del espacio que nos separaba, peligrosas y seductoras, como sangre mezclada con chocolate derretido.

—¡Zoey Montgomery! La Noche os ha escogido, vuestra muerte será vuestro renacer. La Noche os llama, escuchad su dulce llamada. ¡El destino os aguarda en La Casa de la Noche!

Levantó un dedo largo y pálido y me señaló. Con el estallido de dolor en mi frente, Kayla abrió la boca y gritó.

Cuando las manchas brillantes desaparecieron al fin de mis ojos, levanté la mirada hacia el rostro sin color de K, que me observaba.

Como de costumbre, dije la primera tontería que se me vino a la cabeza.

—K, los ojos se te salen como los de un pez.

—Te ha marcado. ¡Oh, Zoey! ¡Tienes el perfil de esa cosa en la frente! —Entonces se llevó la mano temblorosa a sus blancos labios e intentó, sin éxito, contener un sollozo.

Me incorporé y tosí. Tenía un tremendo dolor de cabeza y me froté el entrecejo. Notaba una punzada, como si me hubiera picado una avispa y el dolor se iba extendiendo alrededor de los ojos y bajaba hasta mis mejillas. Me sentía como si fuese a vomitar.

—¡Zoey! —K ahora sí que lloraba y hablaba entre pequeños hipos húmedos—. Oh... Dios... mío. Ese tío era un rastreador. ¡Un rastreador de vampiros!

—K. —Guiñé los ojos con fuerza, en un intento de despejar el dolor de cabeza—. Deja de llorar. Ya sabes que odio que llores. —Estiré los brazos para intentar tranquilizarla tocándole los hombros.

Ella se encogió de forma instintiva y se alejó de mí.

No podía creerlo. Se había apartado, como si me tuviese miedo. Debí ver el dolor en mis ojos, porque al momento empezó de nuevo con su cháchara incesante.

—¡Oh, Dios, Zoey! ¿Qué vas a hacer? No puedes ir a ese lugar. No puedes ser una de esas cosas. ¡Esto no está pasando! ¿Con quién se supone que voy a ir ahora a los partidos de fútbol?

Me percaté de que no se había acercado a mí en ningún momento durante su arranque. Me aferré a ese sentimiento de dolor y malestar en mi interior que amenazaba con hacerme romper a llorar. Mis ojos se secaron al instante. Era buena ocultando las lágrimas. Tenía que serlo, había tenido tres años para practicar.

—No pasa nada. Lo solucionaré. Es probable que no sea más que un... extraño error —mentí.

En realidad no conversaba, tan solo hacía que salieran palabras de mi boca. Todavía haciendo una mueca por el dolor de cabeza, me puse en pie. Al mirar a mi alrededor tuve una ligera sensación de alivio al ver que K y yo éramos las únicas en la sala de mates y tuve que contener lo que sabía que era una risa histérica. Si no hubiese estado totalmente atacada con el dichoso examen de geometría que tenía al día siguiente, razón por la que había corrido hacia mi taquilla para coger el libro con la intención de intentar estudiar de forma obsesiva (e inútil) por la noche, el rastreador me hubiese encontrado frente a la escuela con la mayoría de los mil trescientos chicos que iban al Instituto Sur de Secundaria de Broken Arrow, esperando a lo que el estúpido clon de Barbie que tengo por hermana llama «la gran limusina amarilla». Tengo un coche, pero estar allí con los menos afortunados que tienen que ir en los autobuses es la tradición, por no mencionar que es una excelente manera de observar quién pega a quién. Por lo que parecía, tan solo había otro chico en la sala de mates; un empollón alto y delgado con los dientes torcidos, de los que por desgracia tenía un primer plano porque estaba allí de pie con la boca abierta, y mirándome como si yo acabase de dar a luz a una piara de cerdos voladores.

Tosí de nuevo, en esta ocasión una tos realmente húmeda y desagradable. El empollón emitió un leve chillido y se escabulló por la sala hacia el aula de la señora Day, aferrando un fino tablero contra su huesudo pecho. Supongo que el club de ajedrez había cambiado su hora de reunión a los lunes después de clase.

¿Juegan los vampiros al ajedrez? ¿Había vampiros empollones? ¿Y qué hay de animadoras vampiras tipo Barbie? ¿Tocaba algún vampiro en la banda? ¿Había vampiros Emo con su raro estilo «chico con pantalón de chica» y esos horribles flequillos cubriéndoles media cara? ¿O eran todos esos extraños chicos góticos a los que no les gustaba demasiado lavarse? ¿Me iba a convertir en una chica gótica? O peor, ¿en una Emo? No me gustaba particularmente ir de negro, al menos no solo de negro, ni sentía una repentina aversión hacia el agua y el jabón, ni tampoco tenía un deseo obsesivo de cambiar mi peinado y llevar demasiado lápiz de ojos.

Todo esto se arremolinaba en mi cabeza mientras sentía que otro pequeño ataque de risa histérica intentaba escapar de mi garganta, y casi estuve agradecida cuando salió en forma de tos.

—¿Zoey? ¿Estás bien? —La voz de Kayla sonaba demasiado alta, como si alguien la pellizcase, y se había alejado otro paso de mí.

Suspiré y sentí mi primera semilla de ira. Yo no había pedido nada de esto. K y yo habíamos sido las mejores amigas desde tercero y ahora me miraba como si me hubiese transformado en un monstruo.

—Kayla, soy yo. La misma de hace dos segundo y hace dos horas y hace dos días. —Hice un gesto de frustración hacia el dolor punzante de mi cabeza—. ¡Esto no cambia quién soy!

Los ojos de K se llenaron otra vez de lágrimas, pero, afortunadamente, su teléfono comenzó a sonar con el *Material Girl* de Madonna. De forma automática, miró el identificador de llamada. Adiviné por su expresión de cordero degollado que se trataba de su novio, Jared.

—Venga —dije con voz floja y cansada—. Vete a casa con él.

Su mirada de alivio fue como una bofetada en la cara.

—¿Me llamas luego? —lanzó por encima del hombro, mientras emprendía una rápida retirada por la puerta lateral.

La observé correr por el césped del lado este hacia el aparcamiento. Pude ver cómo llevaba el teléfono móvil aplastado contra la oreja y hablaba con Jared en pequeñas y animadas ráfagas. Estoy segura de que ya le estaba contando que me estaba convirtiendo en un monstruo.



El problema, por supuesto, era que convertirse en un monstruo era la más atractiva de mis dos opciones. Opción número uno: me convierto en un vampiro, que es igual que un monstruo para cualquier ser humano. Opción número dos: mi cuerpo rechaza el cambio y muero. Para siempre.

Así que las buenas noticias eran que no tendría que hacer el examen de geometría al día siguiente.

Las malas noticias eran que tendría que mudarme a La Casa de la Noche, un internado privado en la periferia del centro de Tulsa, conocido por todos mis amigos como Escuela de Adiestramiento Vampírico, en la que pasaría los próximos cuatro años sufriendo extraños e innumbrables cambios físicos, así como un cambio de vida radical y permanente. Y todo eso solo si aquel proceso no me mataba.

Genial. No quería hacer ninguna de las dos cosas. Tan solo quería intentar ser normal, a pesar de la carga que suponían mis padres ultraconservadores, el trol que tenía por hermano pequeño y mi «soy tan perfecta» hermana mayor. Quería aprobar geometría. Quería seguir teniendo notas altas para que me aceptasen en la escuela de veterinaria de la Ohio State y largarme de Broken Arrow, Oklahoma. Pero, por encima de todo, quería encajar; al menos en la escuela. Lo de mi casa era una tarea imposible, así que lo único que me quedaba eran mis amigos y mi vida lejos de la familia.

Ahora también se me estaba arrebatando eso.

Me froté la frente y luego me revolví el pelo hasta que casi me cubrió los ojos y, con un poco de suerte, la marca que había aparecido sobre ellos. Me apresuré hacia la puerta que conducía al aparcamiento de alumnos con la cabeza gacha, como si estuviera fascinada con la porquería que se había acumulado en mi bolso.

Pero me detuve poco antes de salir. A través de los cristales que se juntaban en las puertas de aspecto institucional podía ver a Heath. Las chicas se arremolinaban a su alrededor, haciendo poses y lanzando el pelo al aire, mientras que los chicos daban ridículos acelerones a sus enormes camionetas e intentaban (y en la mayoría de los casos fracasaban) parecer guays. ¿Quién iba a pensar que yo

elegiría sentirme atraída por eso? No, en honor a la verdad debo recordarme a mí misma que Heath solía ser increíblemente dulce, e incluso tenía sus momentos. La mayoría de ellos cuando tenía el detalle de estar sobrio.

Las risillas tontas y agudas de las chicas llegaban revoloteando hasta mí desde el aparcamiento. Genial. Kathy Richter, el putón de la escuela, intentaba dar un manotazo a Heath. Incluso desde mi posición era obvio que ella pensaba que golpearle era una especie de ritual de apareamiento. Como de costumbre, el despistado Heath no hacía otra cosa que quedarse allí sonriendo. Bueno, qué diablos, mi día no iba a ir mucho mejor. Y ahí estaba mi Volkswagen Escarabajo color turquesa de 1966, justo en medio del grupo. No. No podía salir ahí. No podía caminar entre ellos con esta cosa en la frente. Nunca más podría volver a formar parte de ellos. Sabía demasiado bien lo que harían. Recordé al último chico al que un rastreador había elegido en el Instituto Sur de Secundaria.

Sucedió al inicio de curso del año pasado. El rastreador había venido antes del comienzo de las clases y había identificado al chico cuando se dirigía a su primera hora de clase. No pude ver al rastreador, pero vi al chico después, durante un instante, después de que soltase sus libros y saliera corriendo del edificio, con la marca brillando en su pálida frente y las lágrimas empapando sus blanquísimas mejillas. Nunca olvidaré lo abarrotados que habían estado los pasillos aquella mañana y cómo todo el mundo se había apartado de él como si tuviera la peste cuando corrió para huir por la puerta principal de la escuela. Yo había sido uno de esos chicos que se apartaron de su camino y se le quedaron mirando, a pesar de que sentía auténtica lástima por él. Lo único que no quería era ser etiquetada como «esa chica que es amiga de esos bichos raros». Ahora resulta bastante irónico, ¿verdad?

En vez de ir hacia mi coche, me dirigí hacia el baño más cercano, que por suerte estaba vacío. Había tres puertas de inodoro. Sí, comprobé cada una por si había pies. En una pared había dos lavabos, sobre los cuales colgaban dos espejos de tamaño medio. Frente a los lavabos, la pared opuesta estaba cubierta por otro enorme espejo que tenía una repisa debajo para dejar los cepillos,

el maquillaje y qué sé yo qué más. Puse el bolso y el libro de geometría en la repisa, respiré hondo y de un solo movimiento levanté la cabeza y me puse el pelo hacia atrás.

Era como mirar a la cara de un desconocido que te es familiar. Ya sabes, esa persona que ves entre la multitud y que jurarías que conoces, pero que en realidad no es así. Ahora esa persona era yo: la desconocida familiar.

Tenía mis mismos ojos. Eran del mismo color avellana que nunca podía decirse si tendía al verde o al marrón, pero mis ojos nunca habían sido tan grandes y redondos. ¿O sí? Tenía el mismo pelo que yo. Largo y liso y casi tan oscuro como había sido el de mi abuela antes de que empezara a volverse canoso. La desconocida tenía mis mismos pómulos elevados, mi nariz larga y fuerte y mi boca ancha; más rasgos heredados de mi abuela y de sus ancestros cheroqui. Pero mi cara nunca había sido así de pálida. Siempre había tenido un tono oliváceo, con la piel más oscura que nadie de mi familia. Aunque tal vez no era que mi piel estuviese de repente muy blanca... Quizá solo parecía pálida en contraste con el contorno azul oscuro de la luna creciente perfectamente situada en el centro de mi frente. O quizá era aquella horrible luz de fluorescente. Esperaba que fuera por la luz.

Observé el tatuaje de aspecto exótico. Unido a mis fuertes rasgos cheroqui, parecía otorgarme un toque salvaje... como si perteneciese a un tiempo antiguo en el que el mundo era más grande... más primitivo.

A partir de aquel día mi vida no volvería a ser la misma. Y por un momento —solo un instante— me olvidé del miedo a no encajar y sentí un inesperado arrebató de placer, mientras muy dentro de mí la sangre de la gente de mi abuela se regocijaba.



Cuando imaginé que ya había pasado el tiempo suficiente para que todo el mundo hubiese abandonado la escuela, volví a dejar caer el pelo sobre mi frente y salí del baño en dirección a las puertas que llevaban al aparcamiento de los alumnos. Todo parecía despejado. Tan solo había un chico al final del aparcamiento con esos pantalones anchos para nada atractivos en plan: «quiero ser parte de una banda». Tenía toda su concentración puesta en evitar que se le cayeran los pantalones a medida que andaba, así que ni se percataría de mi presencia. Apreté los dientes ante las punzadas de dolor en la cabeza, abrí la puerta y fui directa hacia mi Escarabajo.

En el momento en que puse un pie en la calle el sol comenzó a azotarme. Lo digo porque no era un día particularmente soleado. Había muchas de esas nubes grandes e hinchadas que parecían tan bonitas en las fotos, flotando en el cielo, medio tapando el sol. Pero eso no importaba. Tuve que entrecerrar los ojos con dolor y mantener la mano en alto para tapar la intermitente luz. Supongo que estaba tan concentrada en el dolor que la luz solar normal me causaba, que no me fijé en la furgoneta hasta que chirrió con un frenazo frente a mí.

—¡Oye, Zo! ¿Es que no has visto mi mensaje?

¡Oh, mierda mierda mierda! Era Heath. Levanté la vista, mirándole entre los dedos como si estuviera viendo una de esas estúpidas películas de terror. Estaba sentado en la parte trasera de la *pickup* de su amigo Dustin. A su espalda podía ver la cabina de la camioneta, en la que Dustin y su hermano Drew hacían lo que hacían de forma habitual: pelearse y discutir sobre Dios sabe qué chorrada de chicos. Por suerte me ignoraban. Miré de nuevo a

Heath y suspiré. Tenía una cerveza en la mano y una sonrisa bobalicona en la cara. Olvidando por un momento que acababa de ser marcada y que estaba destinada a convertirme en un monstruo chupasangre marginado, le miré con el ceño fruncido.

—¡Estás bebiendo en la escuela! ¿Estás loco?

Su sonrisa de crío se hizo más grande.

—Sí, estoy loco, ¡loco por ti, nena!

Negué con la cabeza mientras le daba la espalda, abrí la puerta chirriante de mi Escarabajo y lancé los libros y la mochila al asiento del acompañante.

—¿Y por qué no estáis entrenando al fútbol? —dije, manteniendo la cara lejos de su vista.

—¿Es que no te has enterado? ¡Nos han dado el día libre por la paliza que le dimos a Union el viernes!

Dustin y Drew, que después de todo sí que parecían habernos estado prestando atención, lanzaron un par de «¡Yu-juuu!» y «¡Sííí!» desde dentro de la camioneta.

—Oh. Uh, no. Debo haberme perdido el anuncio. He estado muy liada todo el día. Ya sabes, el gran examen de geometría de mañana.

—Intenté sonar normal y despreocupada. Entonces me entró la tos y añadí:—Además, estoy agarrando un maldito resfriado.

—Zo, en serio. ¿Estás mosqueada o algo? Yo que sé, ¿te ha dicho Kayla alguna chorrada sobre la fiesta? Sabes que yo no te he puesto los cuernos.

¿Eh? Kayla no había dicho ni una sola palabra referente a que Heath me hubiera puesto los cuernos. Como una imbécil, me olvidé (vale, temporalmente) de mi nueva marca. Giré la cabeza de golpe para poder mirarle a la cara.

—¿Qué es lo que hiciste, Heath?

—Zo, ¿yo? Ya sabes que yo nunca... —Pero su acto inocente y sus excusas se apagaron para formar una poco atractiva mirada boquiabierta de asombro cuando se fijó en mi marca.

—¿Pero qué...? —comenzó a decir, pero le corté.

—¡Chsss! —Hice un gesto con la cabeza hacia los todavía distraídos Dustin y Drew, que ahora cantaban a pleno pulmón las canciones del último CD de Toby Keith.

Los ojos de Heath aún estaban abiertos de par en par con asombro, pero bajó la voz.

—¿Es eso algún tipo de maquillaje que estás probando para la clase de teatro?

—No —susurré—. No lo es.

—Pero no puedes estar marcada. Estamos saliendo.

—¡No estamos saliendo! —Y así es como terminó mi medio tregua con la tos. Casi me doblé por completo, intentando aguantar una tos con flemas realmente desagradable.

—¡Oye, Zo! —gritó Dustin desde la cabina—. Vas a tener que dejar esos cigarrillos.

—Sí, suena como si fueses a echar un pulmón o algo —dijo Drew.

—¡Tronco, déjala en paz! Sabes que ella no fuma. Es que es un vampiro.

Genial. Maravilloso. Heath, con su habitual falta total y absoluta de cualquier cosa parecida al sentido común, pensó que estaba defendiéndome al gritar a sus amigos, que de forma instantánea sacaron la cabeza por las ventanillas abiertas y me miraron embozados como si fuese un experimento científico.

—Oh, mierda. ¡Zoey es un puto bicho! —dijo Drew.

Las insensibles palabras de Drew hicieron que la ira, que había estado hirviendo a fuego lento en algún lugar de mi interior desde que Kayla se apartara de mí, bulle y se desbordase. Ignorando el dolor que el sol me causaba, miré fijamente a los ojos de Drew.

—¡Calla la puta boca! He tenido un muy mal día y no necesito más mierda también por tu parte. —Hice una pausa para mirar de Drew, ahora callado y con los ojos como platos, a Dustin y añadí:

—Ni de la tuya. —Y mientras mantenía el contacto visual con Dustin me di cuenta de algo. Algo que me asombró y al mismo tiempo me produjo una extraña excitación: Dustin parecía asustado. Asustado de verdad. Volví a mirar a Drew. También parecía asustado. Entonces lo sentí. Una sensación de cosquilleo que recorrió mi piel e hizo que mi nueva marca ardiese.

Poder. Sentí poder.

—¿Zo? ¿Pero qué coño...? —La voz de Heath interrumpió mi concentración e hizo que apartase la mirada de los hermanos.

—¡Larguémonos de aquí! —dijo Dustin, metiendo la marcha de la camioneta y pisando el acelerador. La camioneta dio una sacudida hacia delante, haciendo que Heath perdiese el equilibrio y se deslizara, haciendo el molino con los brazos y la cerveza, contra el asfalto del aparcamiento.

Automáticamente, corrí hacia él.

—¿Estás bien? —Heath estaba apoyado sobre manos y rodillas y me agaché para ayudarle a ponerse en pie.

Entonces fue cuando lo olí. Había algo que olía maravilloso; cálido, dulce y delicioso.

¿Llevaba Heath una nueva colonia? ¿Una de esas cosas raras de feromonas que se supone que atraen a las mujeres como un gran cazainsectos manipulado genéticamente? No me di cuenta de lo cerca que estaba de él hasta que se estiró del todo y nuestros cuerpos estuvieron casi pegados. Bajó la vista y me miró con ojos interrogantes.

No me aparté de él. Debería haberlo hecho. Lo hubiera hecho antes... pero no ahora. Hoy no.

—¿Zo? —dijo suavemente, con voz profunda y ronca.

—Hueles muy bien —no pude evitar decir. El corazón me latía con tanta fuerza que podía escuchar su eco en mis palpitantes sienes.

—Zoey, te he echado mucho de menos. Tenemos que volver a estar juntos. Sabes que te quiero de verdad. —Acercó la mano a mi cara y ambos nos dimos cuenta de la sangre que cubría la palma de su mano—. Ah, mierda. Supongo que me he... —Su voz se apagó cuando me miró a la cara. Solo podía imaginar el aspecto que tendría, con la cara toda blanca, mi nueva marca delineada con un brillo azul zafiro y los ojos mirando fijamente la sangre de su mano. No podía moverme, ni apartar la mirada.

—Quiero... —Susurré—. Quiero... —¿Qué es lo que quería? No podía expresarlo con palabras. No, no era eso. No quería expresarlo con palabras. No quería hablar en voz alta de la sobrecogedora oleada de deseo candente que intentaba ahogarme. Y no era porque Heath estuviese tan cerca. Ya había estado así de cerca antes. Demonios, llevábamos enrollándonos desde hacía un año, pero

nunca me había hecho sentir así... Nunca así. Me mordí el labio y gemí.

La *pickup* chirrió hasta detenerse dando un coletazo junto a nosotros. Drew bajó de un salto, rodeó a Heath por la cintura y tiró de él hacia atrás para meterlo en la cabina de la camioneta.

—¡Suéltame! ¡Estoy hablando con Zoey!

Heath intentó forcejear con Drew, pero el chico era un defensa veterano del equipo de Broken Arrow, y realmente enorme. Dustin tiró de ellos y cerró de un golpe la puerta de la camioneta.

—¡Déjale en paz, monstruo! —me chilló Drew mientras Dustin pisaba a fondo el acelerador, y esta vez salieron pitando de verdad.

Entré en mi Escarabajo. Las manos me temblaban con tanta fuerza que tuve que intentarlo tres veces antes de conseguir poner el motor en marcha.

—Tan solo ve a casa. Tan solo ve a casa. —Repetí esas palabras una y otra vez entre toses desgarradoras mientras conducía. No quería pensar en lo que acababa de ocurrir. No podía pensar en lo que acababa de ocurrir.

Tardé quince minutos en llegar a casa, pero me pareció que pasaban en un abrir y cerrar de ojos. Me encontraba en el paseo de entrada demasiado pronto, intentando prepararme para la escena que me esperaba dentro, tan segura como que el rayo precede al trueno.

¿Por qué había estado deseando llegar allí? Supongo que técnicamente no lo deseaba tanto. Supongo que tan solo estaba huyendo de lo que había sucedido en el aparcamiento con Heath.

¡No! No iba a pensar en aquello ahora. Además, probablemente había algún tipo de explicación racional para todo, una explicación racional y sencilla. Dustin y Drew eran unos retrasados, cerebros totalmente inmaduros llenos de cerveza. No había usado un nuevo poder espeluznante para intimidarles. Tan solo les había asustado ver mi marca. Era simplemente eso. Es decir, la gente tenía miedo a los vampiros.

—¡Pero yo no soy un vampiro! —dije. Entonces tosí mientras recordaba la hipnótica belleza de la sangre de Heath y el arrebató de



deseo que había sentido hacia él. No hacia Heath, sino hacia la sangre de Heath.

¡No! ¡No! ¡No! La sangre no era bella ni deseable. Debía estar bajo los efectos de una conmoción. Eso era. Tenía que ser eso. Estaba en estado de *shock* y no podía pensar con claridad. Vale... Vale... Distraídamente, me toqué la frente. Había dejado de quemar, pero aún la sentía diferente. Tosí por enésima vez. De acuerdo. No pensaría en Heath, pero no podía seguir negándolo. Me sentía diferente. Mi piel estaba ultrasensible. Me dolía el pecho y, a pesar de que llevaba puestas mis gafas de sol Maui Jim, seguía abriendo los ojos con dolor.

—Me estoy muriendo... —gemí, y entonces cerré la boca al instante. Puede que efectivamente me estuviese muriendo. Levanté la vista hacia la gran casa de ladrillo que, después de tres años, aún no sentía como mi hogar. «Supéralo. Simplemente supéralo». Al menos mi hermana no habría llegado aún a casa. Ensayo de animadoras. Con un poco de suerte, el trol estaría hipnotizado con su nuevo videojuego *Fuerza Delta: Black Hawk Derribado*. Puede que tuviera a mamá para mí sola. Quizá ella lo entendería... Quizá ella sabría qué hacer...

Ah, diablos. Tenía dieciséis años, pero de repente me di cuenta de que no quería a nada tanto como a mi madre.

—Por favor, que lo entienda —susurré en una sencilla oración a cualquier dios o diosa que pudiera estar escuchandome.

Como de costumbre, entré por el garaje. Recorrí el pasillo hacia mi habitación y tiré el libro de geometría, el bolso y la mochila sobre la cama. Luego, respiré hondo y fui, un poco temblorosa, en busca de mi madre.

Estaba en el cuarto de estar, acurrucada en el borde del sofá, bebiendo una taza de café y leyendo *Sopa de pollo para el alma de la mujer*. Parecía tan normal, tanto como solía parecer. Salvo porque solía leer romances exóticos y llevaba maquillaje de forma habitual. Aquellas eran dos cosas que su nuevo marido no permitía (menudo cerdo).

—¿Mamá?

—¿Hum? —No levantó la mirada.

Tragué con fuerza.

—Mamá. —Usé el nombre con el que solía llamarla antes de que se casara con John—. Necesito tu ayuda.

No sé si fue el uso inesperado de «Mamá» o si algo en mi voz activó una pizca de intuición materna que aún quedaba en algún lugar de su interior, pero los ojos que levantó de inmediato del libro eran dulces y estaban llenos de preocupación.

—¿Qué es, cariño...? —empezó a decir, pero las palabras se congelaron en sus labios cuando sus ojos descubrieron la marca en mi frente.

—¡Oh, Dios! ¿Qué es lo que has hecho ahora?

El corazón comenzó a dolerme de nuevo.

—Mamá, yo no he hecho nada. Esto es algo que me ha ocurrido, no lo he provocado yo. No es culpa mía.

—¡Oh, por favor, no! —gimió como si yo no hubiera dicho una sola palabra—. ¿Qué va a decir tu padre?

Yo quería gritar: *¿cómo íbamos ninguno a saber lo que iba a decir mi padre si no le habíamos visto u oído nada de él desde hacía catorce años!* Pero sabía que no serviría para nada y siempre la enloquecía cuando le recordaba que John no era mi verdadero padre. Así que probé una táctica diferente. Una que había abandonado hacía tres años.

—Mama, por favor. ¿No podrías ocultárselo? Al menos durante un día o dos. Mantenerlo en secreto entre nosotras dos hasta que... no sé... nos acostumbremos a ello o algo. —Contuve el aliento.

—Pero, ¿qué le diré? Ni siquiera puedes tapar esa cosa con maquillaje. —Sus labios hicieron una mueca extraña cuando lanzó una mirada nerviosa a la luna creciente.

—Mamá, no me refería a quedarme aquí mientras nos acostumbramos a ello. Tengo que irme, ya lo sabes. —Tuve que hacer una pausa cuando una fuerte tos hizo temblar mis hombros—. El rastreador me marcó. Tengo que mudarme a La Casa de la Noche o me pondré más y más enferma. —*Y entonces moriré*, intenté decir con los ojos. Ni siquiera podía decir las palabras—. Tan solo quiero un par de días antes de tener que enfrentarme a... —Me callé para no tener que pronunciar su nombre, en esta ocasión provocando la tos a propósito, lo cual no era difícil.

—¿Qué le voy a decir a tu padre?

Sentí un ataque de miedo ante el pánico en su voz. ¿No era ella la madre? ¿No se suponía que ella tenía las respuestas en lugar de las preguntas?

—Solo... solo dile que voy a pasar los próximos dos días en casa de Kayla porque tenemos que entregar un proyecto enorme de biología.

Observé el cambio en los ojos de mi madre. La preocupación se disipó y dio paso a la dureza que conocía demasiado bien.

—Así que lo que estás diciendo es que quieres que le mienta.

—No, mamá. Lo que estoy diciendo es que quiero que, por una vez, antepongas lo que yo necesito a lo que él quiere. Quiero que seas mi mamá. ¡Que me ayudes a hacer el equipaje y me acompañes a esta nueva escuela porque estoy asustada y enferma y no sé si puedo hacerlo yo sola! —Acabé a toda prisa, respirando con fuerza y tosiendo en la mano.

—No sabía que había dejado de ser tu madre —dijo con frialdad.

Me hizo sentir aún más agotada que Kayla. Suspiré.

—Creo que ese es el problema, mamá. No te importa lo suficiente como para darte cuenta. No te ha importado nada salvo John desde que te casaste con él.

Sus ojos se estrecharon al mirarme.

—No sé cómo puedes ser tan egoísta. ¿No te das cuenta de todo lo que ha hecho por nosotros? Gracias a él dejé aquel horrible trabajo en Dillard's. Gracias a él no tenemos que preocuparnos por el dinero y tenemos esta casa grande y bonita. Gracias a él tenemos seguridad y un brillante futuro.

Había escuchado aquellas palabras tan a menudo que podía haberlas recitado con ella. Era en este punto de nuestras no conversaciones cuando yo solía disculparme y volvía a mi habitación. Pero hoy no podía disculparme. Hoy era diferente. Todo era diferente.

—No, madre. La verdad es que por culpa de él no has prestado la más mínima atención a tus hijos durante tres años. ¿Sabías que tu hija mayor se ha convertido en una putilla taimada y malcriada que se ha tirado a medio equipo de fútbol? ¿Sabes qué sangrientos y

desagradables videojuegos esconde Kevin? ¡No, pues claro que no! Los dos actúan como si fuesen felices y fingien que les gusta John y todo este rollo de familia de ensueño, así que tú les sonríes, rezas por ellos y les dejas hacer lo que sea. ¿Y yo? Crees que soy la mala porque no finjo, porque soy honesta. ¿Sabes qué? ¡Estoy tan harta de mi vida que me alegro de que el rastreador me haya marcado! Lllaman a esa escuela de vampiros La Casa de la Noche, ¡pero no puede ser más oscura que esta casa «perfecta»! —Antes de que pudiera llorar o gritar, me di la vuelta y me fui sin decir palabra a mi habitación, cerrando la puerta de un golpe tras de mí.

*Ojalá se ahoguen todos.*

A través de aquellas paredes demasiado delgadas pude oír a mi madre haciendo una histérica llamada a John. No había duda de que vendría a toda velocidad a casa para ocuparse de mí, «el problema». En lugar de caer en la tentación que sentía de sentarme en la cama y llorar, vacié la mochila de la porquería de la escuela. ¿Para qué lo necesitaba a donde iba? Probablemente ni siquiera tienen clases normales. Es probable que tengan clases como «Desgarrar la garganta de la gente» e... e... «Introducción a cómo ver en la oscuridad». Lo que sea.

No importaba lo que mi madre hubiera hecho o no, no podía quedarme allí. Tenía que irme.

Así que, ¿qué necesitaba llevar conmigo?

Mis dos pares de vaqueros favoritos, aparte de lo que llevaba puesto. Un par de camisetas negras. En fin, ¿qué otra cosa llevan los vampiros si no? Además, te hacen parecer más delgada. Estuve a punto de dejar mi bonita blusa de color celeste brillante, porque todo ese negro iba a deprimirme más con toda probabilidad, así que también la incluí. Luego llené la bolsa lateral de sujetadores, tangas y cosas de maquillaje y para el pelo. Estuve a punto de dejar mi peluche, Otis *el Pes* (no podía decir «pez» cuando tenía dos años), sobre la almohada, pero... bueno... vampiro o no, no creía que fuese a dormir muy bien sin él, así que lo metí con cuidado en la maldita mochila.

Entonces oí llamar a mi puerta y aquella voz me habló desde fuera.

—¿Qué? —chillé, y a continuación me convulsioné con un desagradable ataque de tos.

—Zoey. Tu madre y yo tenemos que hablar contigo.

Genial. Estaba claro que no se habían ahogado.

Acaricié a Otis *el Pes*.

—Otis, esto es una mierda. —Estiré los hombros, tosí otra vez y salí a hacer frente al enemigo.



A primera vista, el perdedor de mi padrastro, John Heffer, parecía un buen tipo, casi normal. (Sí, ese es su verdadero nombre; y por desgracia también es ahora el apellido de mi madre. Es la señora Heffer. ¿Te lo puedes creer?). Cuando él y mi madre comenzaron a salir, incluso escuché a alguna de las amigas de mamá decir que era «guapo» y «encantador». Al principio. Por supuesto, ahora mamá tiene todo un nuevo grupo de amigas, unas que el señor Guapo y Encantador encuentra más apropiadas que el grupo de mujeres solteras y divertidas con las que acostumbraba a salir.

Nunca me gustó. De verdad. No lo digo solo porque no pueda soportarle ahora. Desde el primer día en que le conocí tan solo vi una cosa: un farsante. Finge ser un tío majo. Finge ser un buen marido. Incluso finge ser un buen padre.

Tiene el mismo aspecto de cualquier otro padre. Tiene el pelo oscuro, piernas delgadas y está echando barriga. Sus ojos son como su alma, de un color pardo pálido y frío.

Entré en la sala de estar y le encontré de pie junto al sofá. Mi madre estaba acurrucada al borde, agarrándose las manos. Sus ojos ya estaban enrojecidos y acuosos. Fantástico. Iba a hacer de madre histérica y dolida. Es un papel que interpreta muy bien.

John intentó atravesarme con la mirada, pero mi marca le distrajo. Torció el gesto con desagrado.

—¡Aléjate de mí, Satanás! —citó, con lo que a mí me gusta llamar su voz de sermón.

Suspiré.

—No es Satanás. Tan solo soy yo.

—Ahora no es momento de sarcasmo, Zoey —dijo mamá.

—Yo me ocuparé de esto, cari —dijo el perdedor, acariciando su hombro distraídamente antes de volver a centrar su atención sobre mí.

—Te dije que tu mal comportamiento y tu problema de actitud te pasarían factura. Ni siquiera estoy sorprendido de que haya ocurrido tan pronto.

Negué con la cabeza. Me lo esperaba. Es justo lo que esperaba y aun así fue un golpe. El mundo entero sabía que no había nada que pudiera hacerse para provocar el cambio. Todo ese «si te muerde un vampiro, mueres y te conviertes en uno» no es más que pura ficción. Los científicos han intentado durante años descubrir qué es lo que causa la secuencia de eventos físicos que llevan al vampirismo, con la esperanza de que si lo descubrían podrían curarlo, o al menos inventar una vacuna para luchar contra ello. Hasta el momento no había habido suerte. Pero resulta que ahora John Heffer, el perdedor de mi padrastro, había descubierto de repente que el mal comportamiento adolescente —en especial mi mal comportamiento, que en su mayoría consistía en alguna mentira ocasional, algunas ideas cabreantes y comentarios de listilla dirigidos principalmente contra mis padres, y quizá algo de lujuria medio inofensiva hacia Ashton Kutcher (es triste que le gusten las mujeres mayores)— era de hecho lo que provocaba esta reacción física en mi cuerpo. *¡Bueno, joder! ¿Quién sabe?*

—Esto no es algo que yo haya provocado —conseguí decir finalmente—. Esto no ha sucedido por mi culpa. Me lo han hecho. Cualquier científico del planeta estaría de acuerdo con eso.

—Los científicos no lo saben todo. No son hombres de Dios.

Me le quedé mirando. Él era un patriarca de las «gentes de fe», una posición de la que estaba, oh, tan orgulloso. Era una de las razones por las que mamá se había sentido atraída por él, y a un nivel estrictamente lógico podía entender por qué. Ser un patriarca significaba que un hombre tenía éxito. Tenía el trabajo adecuado. Una bonita casa. La familia perfecta. Se suponía que hacía lo correcto y creía en lo correcto. Sobre el papel tenía que ser una gran elección como nuevo marido y como padre. Qué lástima que el papel no hubiese mostrado la historia al completo. Y ahora, con toda probabilidad, iba a jugar la carta del patriarca y a lanzarme a

Dios a la cara. Apostaría mis nuevos zapatos Steve Madden a que aquello irritaba a Dios tanto como me cabreaba a mí.

Lo intenté de nuevo.

—Lo hemos estudiado en biología avanzada. Es una reacción fisiológica que tiene lugar en los cuerpos de algunos adolescentes cuando se eleva su nivel hormonal. —Hice una pausa, pensando con detenimiento y totalmente orgullosa de mí misma por recordar algo que había aprendido el semestre pasado—. En cierta gente las hormonas desencadenan esto y lo otro en un... un... —Hice un esfuerzo y recordé—: Un hilo de ADN desechado, que inicia todo el cambio. —Sonreí, no a John en realidad, sino porque me asombraba mi capacidad para recordar cosas de un tema con el que habíamos acabado hacía meses. Sabía que la sonrisa fue un error cuando observé aquella mandíbula familiarmente apretada.

—El saber de Dios supera a la ciencia y es una blasfemia por tu parte decir lo contrario, jovencita.

—¡Nunca he dicho que los científicos sean más listos que Dios! —dije lanzando las manos hacia arriba, al tiempo que trataba de contener la tos—. Tan solo intento explicarte todo esto.

—No necesito que alguien de dieciséis años me explique nada.

Bueno, llevaba puestos esos pantalones realmente feos y aquella horrible camisa. Estaba claro que necesitaba que una adolescente le explicase algunas cosas, pero pensé que no era el momento adecuado para mencionar su evidente y desafortunado problema con la moda.

—Pero John, cariño, ¿qué vamos a hacer con ella? ¿Qué dirán los vecinos? —Su cara palideció aún más y contuvo un sollozo—. ¿Qué dirá la gente en misa el domingo?

John frunció el ceño cuando abrí la boca para contestar y me interrumpió antes de que pudiese hablar.

—Vamos a hacer lo que debe hacer cualquier familia de bien. Lo dejaremos en manos de Dios.

¿Me iban a mandar a un convento? Por desgracia, tuve que ocuparme de otra serie de ataques de tos, así que siguió hablando.

—También vamos a llamar al doctor Asher. Él sabrá qué hacer para apaciguar esta situación.



Maravilloso. Fantástico. Iba a llamar al loquero de la familia, el Increíble Hombre Inexpresivo. Perfecto.

—Linda, llama al número de emergencias del doctor Asher y luego creo que sería sensato activar la cadena telefónica de oraciones. Asegúrate de que los otros patriarcas saben que tienen que reunirse aquí.

Mi madre asintió y empezó a levantarse, pero las palabras que salieron de mi boca hicieron que se dejara caer de nuevo en el sillón.

—¡Qué! ¿Tu solución es llamar a un loquero que no tiene ni idea sobre adolescentes y traer a todos esos viejos estirados aquí? ¡No! ¿No lo entiendes? Tengo que irme. Esta noche. —Tosí con un sonido desgarrado que me hizo daño en el pecho—. ¡Lo ves! Esto irá a peor si no me voy con los... —Dudé. ¿Por qué era tan difícil decir «vampiros»? Porque sonaba tan extraño y, parte de mí lo admitía, tan fantástico—. Tengo que ir a La Casa de la Noche.

Mamá se puso en pie de un salto y por un instante pensé que iba a salvarme. Entonces John le puso un brazo posesivo alrededor del hombro. Ella le miró y, cuando volvió la mirada de nuevo hacia mí, sus ojos casi parecían pedir disculpas, pero sus palabras, como era típico, reflejaron solo lo que John hubiese querido que dijera.

—Zoey, seguro que no hará daño que te quedes aunque solo sea esta noche en casa.

—Claro que no —le dijo John—. Estoy seguro de que el doctor Asher verá necesario hacer una visita a domicilio. Con él aquí ella estará perfectamente. —Acarició su hombro, intentando parecer afectuoso, pero en lugar de dulce sonó viscoso.

Les miré a los dos. No iban a dejarme marchar. No esta noche, y quizá nunca, o al menos no hasta que tuviera que ser sacada de allí por los camilleros. De repente comprendí que no era solo por la marca y por el hecho de que mi vida hubiera cambiado del todo. Era una cuestión de control. Si me dejaban ir, de alguna manera perdían. En el caso de mamá, me gustaba pensar que tenía miedo de perderme. Y sabía lo que John no quería perder. No quería perder su preciada autoridad y la ilusión de que tenía una pequeña familia perfecta. Como ya había dicho mamá: *¿Qué pensarían los vecinos y qué pensaría la gente en misa el domingo?* John tenía que

preservar la ilusión, y si eso significaba permitir que yo me pusiera muy, muy enferma, pues bien, ese era un precio que estaba dispuesto a pagar.

Yo no estaba dispuesta a pagar, sin embargo.

Supongo que había llegado el momento de que tuviera el control en mis manos (después de todo, tenían muy bien hecha la manicura).

—Vale —dije—. Llamad al doctor Asher. Poned en marcha la cadena telefónica. Pero ¿os importa que vaya a echarme hasta que todo el mundo esté aquí? —Tosí de nuevo por si acaso.

—Pues claro que no, cariño —dijo mamá, que pareció claramente aliviada—. Puede que un poco de descanso te haga sentir mejor. —Entonces se apartó del brazo posesivo de John. Sonrió y luego me abrazó—. ¿Quieres que te dé algo para el catarro?

—No, estaré bien —dije, aferrándome a ella durante solo un segundo, deseando con todas mis fuerzas que estuviésemos tres años atrás y aún fuera mía... todavía de mi lado. Entonces respiré hondo y di un paso atrás—. Estaré bien —repetí.

Me miró y asintió, diciéndome que lo sentía de la única forma que podía, con los ojos.

Me di la vuelta y comencé a alejarme de ella en dirección a mi dormitorio. A mi espalda, el perdedor dijo:

—¿Y por qué no nos haces un favor a todos y miras a ver si puedes encontrar algunos polvos para tapar esa cosa que tienes en la frente?

Ni siquiera me detuve. Simplemente seguí andando. Y no pensaba llorar.

*Voy a recordar esto, me dije a mí misma con seriedad. Voy a recordar lo terriblemente mal que me han hecho sentir hoy. Así, cuando esté asustada y sola y lo que quiera que vaya a ocurrirme empiece a ocurrir, voy a recordar que nada puede ser tan malo como estar atrapada aquí. Nada.*